
RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

FRANCIE R. CHASSEN-LÓPEZ: *From Liberal to Revolutionary Oaxaca. The View from the South, Mexico 1867-1911*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2004.

Para cualquier interesado en la historia de México y América Latina, un libro cuyo título augura un viaje por la historia moderna de Oaxaca resulta muy seductor. Lleva implícita la promesa de hacernos comprender el mundo en que se criaron dos actores centrales del siglo XIX mexicano: Benito Juárez y Porfirio Díaz. Lo sorprendente es que el trabajo de Chassen-López ofrece eso, y mucho más. Lo que comienza con un prólogo donde se ventilan profundas preocupaciones teóricas para encontrar una mejor manera de concebir el desarrollo de las sociedades del tercer mundo, termina siendo un intenso recorrido –meticulosamente documentado– por los recovecos de la sociedad oaxaqueña.

La autora nos invita a repensar la historia desechando las dicotomías analíticas que imaginan la realidad a partir de elementos binarios como lo es el corte entre tradición y modernidad. Con un profundo esfuerzo de investigación descubre un México que, visto desde el sur oaxaqueño, “no parece tan moderno”. La modernidad mexicana es de tipo negociado, híbrido. En ella, múltiples grupos (nacionalidades, clases sociales, etnicidades y géneros) interactúan en complejas relaciones. El capitalismo se combina con la comunidad; el caciquismo y las jerarquías religiosas y civiles se mezclan con estructuras democráticas y dictatoriales. Esta apreciación, que muy probablemente muchos observadores de la realidad mexicana hemos intuitido, queda ampliamente documentada en esta obra.

El texto se divide en tres grandes rubros: i) Infraestructura y Economía; ii) Sociedad, Clase, Etnicidad y Género, iii) Cultura, Política y Revolución. En ellos, con detallada capacidad descriptiva, Chassen-López desafía la idea que ha prevalecido en la historiografía y en los círculos políticos liberales “modernizadores” de ver a Oaxaca como un sitio atrasado. Para sustentar su argumento, devela un proceso de formación del Estado “desde abajo”, donde los indios oaxaqueños y la sociedad campesina, quienes han sido considerados durante siglos los ejes de la sociedad tradicional, aparecen como negociadores asertivos de la modernidad. ¿Cómo ocurre esto? Gracias a procesos históricos que fortalecieron a los grupos subalternos. La estructura agraria de Oaxaca es

un elemento central en este proceso. Como en otras regiones, los pueblos no sufrieron un despojo generalizado de tierra por la desamortización ni siquiera durante el Porfiriato, lo que posibilitó la supervivencia de la tenencia comunal de la tierra y, junto con ésta, la defensa de los “usos y costumbres”. Los campesinos pudieron retener y reclamar lotes, comprar nuevos y convertirse en capitalistas. Los patrones de tenencia de la tierra se fueron diversificando debido, en gran medida, a los avances del capitalismo en la región. A pesar de tales logros, millones de hectáreas fueron privatizadas y destinadas a cultivos para el mercado internacional. Chassen-López enfatiza que, en este proceso, la mentalidad de ganancia individual penetró en los pueblos que estaban internamente estratificados y nunca habían sido utopías igualitarias. Algunos campesinos pudientes fungieron, a un mismo tiempo, como comuneros y empresarios individuales. La hacienda no ocupó un lugar predominante. En su lugar se desarrolló un híbrido, la “finca porfiriana”, una empresa agrícola dedicada a cultivos comerciales y a la ganadería, conectada con el mercado nacional e internacional. La agricultura comercial, impulsada en buena parte por la inversión extranjera, diversifica las relaciones laborales y los grados de explotación, llegando al extremo más brutal en el cultivo del tabaco, donde las condiciones de trabajo eran denigrantes. Sin embargo, en las demás áreas, factores como la capacidad de las comunidades indígenas de mantener la propiedad de sus tierras sirvieron para evitar situaciones extremas, como el peonaje por endeudamiento. Las parcelas en las tierras comunales salvaron a muchos indios de convertirse en peones sin tierra; con la tierra en mano, se convirtieron en diestros negociadores. Aparentemente, la clase ranchera también creció en Oaxaca, aunque las estadísticas al respecto no son muy confiables.

La industria y la minería sufrieron descalabros financieros que detuvieron el ritmo de crecimiento. La supervivencia de las tierras comunales indígenas y su producción artesanal también colaboraron para bloquear el crecimiento de la industria, inhibiendo el mercado laboral y de consumo. El comercio, por el contrario, ha sido la actividad primordial de las elites oaxaqueñas. Los comerciantes ricos han controlado históricamente el poder económico y político, dada la particular inestabilidad de los hacendados, la inseguridad de la minería y la debilidad del desarrollo industrial.

La modernización liberal reconfiguró a la sociedad. La oligarquía se expandió integrando a inmigrantes y a miembros de la elite liberal. Su centro nodal fue la Vallistocracia, un pequeño núcleo de familias interrelacionadas que dominaron la ciudad de Oaxaca y la región de los valles centrales con tentáculos político-económicos que alcanzaban a otras regiones, los estados fronterizos y la capital del país. Otro efecto de la modernización se vio en el fortalecimiento de la clase media de profesionistas, rancheros y pequeños propietarios. Aunque la elite de

comerciantes siempre tuvo ingerencia en la política, dejó las tareas cotidianas a un pequeño sector de aliados de clase media-alta y caudillos serranos. Muchos de estos políticos estudiaron en el Instituto de Ciencias y Artes (ICA), institución que durante el Porfiriato se encargaría de formar líderes con gran influencia en la sociedad y el gobierno. En el ocaso de la dictadura, al limitarse las oportunidades para este grupo, los egresados faltos de oportunidades ingresarían a las filas de la oposición, acompañados de líderes más radicales provenientes de las clases medias bajas (artesanos, maestros, tenderos, rancheros). Dado el limitado desarrollo de la industria y la minería, los trabajadores industriales no pasaron de ser una minoría mal organizada y, en muchos casos, cercana a la Iglesia católica y por ende conservadora.

Una parte central de la obra es el análisis histórico con que se explica la permanencia de los usos y costumbres entre los indígenas oaxaqueños. Varios fenómenos que se remontan a la Colonia contribuyeron a que dichas estructuras culturales sobrevivieran con tal fuerza. La destrucción de los códices y las instituciones políticas prehispánicas tuvo consecuencias desastrosas para los pueblos indios, ya que con ellos se dañaron los centros de la memoria colectiva y pulverizaron la memoria étnica. Ésta termina concentrándose en el recuerdo y registro de eventos locales. Visto así, el localismo no se deriva de un fracaso innato de los indios, sino del colonialismo español. La lealtad y la identidad de los pueblos indios se reafirmaron con un creciente apego a la tierra, la comunidad, el lenguaje y el enemigo común. Entre muchas otras cosas, la comunidad se distingue por las relaciones de reciprocidad que se generan entre los miembros al implementarse en el sistema de cargos. Contra la visión que concibe a estas comunidades como baluartes de la tradición, Chassen-López documenta cómo, al defender estos usos y costumbres, los miembros de la comunidad resisten, negocian y desafían a las nuevas fuerzas pero, al mismo tiempo, asumen y provocan innovaciones internas. Los usos y costumbres evolucionan con el tiempo. Se mezclan con instituciones liberales como el municipio, combinando elementos democráticos (discusión de los asuntos en público frente al “común” y la meritocracia del sistema de cargos) con formas jerárquicas, patriarcales y paternalistas. Las comunidades descritas no son puras ni estáticas; son redes que entrelazan elementos híbridos y maleables.

Dadas estas características de la sociedad oaxaqueña, el asunto de la cultura política se vuelve central para explicar el tránsito al liberalismo del siglo XIX, sobre todo, por la insistencia de los presidentes oaxaqueños en consolidar el Estado-nación integrando al sector indígena para modernizar México. Chassen-López hace una tipología del liberalismo, al que describe como una ideología con interpretaciones que evolucionan hacia rumbos distintos que parten de un doble legado: el juarismo y el porfirismo. Una de estas líneas, el liberalismo

radical y popular, se desarrollará hasta convertirse en la oposición precursora de la revolución de 1910 y engrosará las filas del maderismo. El argumento más brillante de la obra de Chassen-López es que, al padecer la imposición de las diversas variantes de liberalismo, los pueblos indios ejercieron la libertad de imaginar sus propias versiones híbridas y populares de ciudadanía, liberalismo y nación enraizadas en lo que eran para ellos sus “tradiciones y costumbres” desde tiempo inmemorial.

Chassen-López enfatiza la importancia del género y la diferencia histórica de la mujer. De este apartado femenino destacan dos puntos relevantes: las mujeres, por lo menos las que laboraban en el cultivo del tabaco, vivieron la peor pesadilla de explotación del México porfiriano; paradójicamente, la novelesca historia de Juana Catalina Romero, hembra-masculinizada por su fuerza y su ascendente político caciquil, revela que existen rendijas en la cerrazón de la sociedad que permiten a las mujeres convertirse en personalidades poderosas económica y políticamente. Sin embargo, Chassen-López interpreta la adquisición de semejante papel hegemónico de la mujer a través de la lente de la dicotomía masculino/femenino. Con ello traiciona su llamado a desbancar estas formas de pensamiento. La mujer oaxaqueña, aun habiendo logrado una posición excepcional, sigue apareciendo como víctima del mundo masculino. ¿Por qué no imaginar a Juana Cata como fémina independiente? ¿Por qué no respetar la imagen que, a una dama de esa talla, le hubiera gustado tener de sí misma? ¿Por qué encasillarla en el mundo de las víctimas? Salvo esta inclinación interpretativa que anima a fomentar el debate, es claro que las dos décadas que se le dedicaron a la investigación que se vierte en *From Liberal to Revolutionary Mexico* han dado sus frutos en un excelente libro de historia.

Ana María Serna

Instituto Mora

SAMUEL TRUETT and ELLIOTT YOUNG (eds.): *Continental Crossroads: Remapping U.S.-Mexico Borderlands History*. Durham: Duke University Press, 2004.

We are in the age of globalization, mass migration, and trans-nationalism, making it mandatory that scholars (as well as more casual observers) include borderlands in their national studies. Furthermore, these borderlands have a vibrant (if largely ignored or isolated) and telling history which forms the foundation (an explanation) for today's realities. So argue the editors of this fine book in their long, carefully researched, cogently analyzed, and clearly written introduction. The essays (termed “stories”) which follow prove the point. Scholars examining